

**COLOMBIA:
DE LA SOCIEDAD EXCLUYENTE A
UN MODO DE DESARROLLO HUMANO ***
Julio Silva Colmenares

JULIO SILVA COLMENARES

CONTADOR PÚBLICO, PHD EN ECONOMÍA Y DOCTOR EN CIENCIAS ECONÓMICAS DE LA UNIVERSIDAD DE ROSTOCK (ALEMANIA), MIEMBRO DE NÚMERO Y SECRETARIO GENERAL DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE CIENCIAS ECONÓMICAS, PROFESOR EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COLOMBIA, PROFESOR VISITANTE DE POSTGRADO EN VARIAS UNIVERSIDADES, AUTOR DE MÁS DE 20 LIBROS Y FOLLETOS Y DE MÁS DE 200 ENSAYOS Y ARTÍCULOS PUBLICADOS EN COLOMBIA Y EL EXTERIOR, COLUMNISTA EDITORIAL DE *LA REPÚBLICA* (E-MAIL postces@fuac.edu.co)

* Disertación presentada en la reunión del Colegio Máximo de Academias celebrada en la sede de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas Bogotá, 27 de julio de 2000

RESUMEN

La actual crisis de la sociedad colombiana desborda la concepción de modelo de desarrollo económico como un molde donde debe encajar determinada sociedad. En su lugar, el autor propone analizarla desde el concepto de modo de desarrollo, el cual involucra no sólo una visión unidireccional desde las finanzas y economía, sino que implica una visión holística de la sociedad donde el individuo, sus valores y esperanzas, sean tenidos en cuenta. La búsqueda de un modo de desarrollo humano requiere de indispensables transformaciones éticas en las relaciones sociales, reformas institucionales profundas y cambios microeconómicos y microsociales.

PALABRAS CLAVES: Modo de desarrollo, crisis finisecular, decapitalización múltiple

ABSTRACT

The present crisis in Colombian society overgrows the traditional conception of economical development model as a casting in which any determined society must fit. The author proposes a new tool for this analysis, "mode of development", in which the vision of society is not only a mathematical or an economical one but also a holistic vision where individuals, their values and hopes, are taken into account. The searching of a new mode of development for Colombian society requires profound ethical transformations in social relationships, deep institutional, microeconomical and microsocal changes.

KEY WORDS. *Mode of development. finisecular crisis, multiple decapitalization.*

1. UNA HIPÓTESIS EN BÚSQUEDA DE LO ESENCIAL

Como es evidente, la situación actual ha puesto como tema de discusión el «modelo económico» y ahora lo relativo a la «Estructura Económica y Social», con énfasis en crecimiento y empleo, pues fue el punto de partida en las negociaciones por la paz en Villa Nueva Colombia, donde tuve el honor de presentar estas ideas ante la Comisión Negociadora y el Comité Temático del Gobierno Nacional y las FARC-EP. Sin descuidar la urgencia de la solución, son aspectos que obligan a mirar en lontananza, con una visión de real prospectiva, sin olvidar una mirada retrospectiva. A partir de este panorama hemos de recordar que, como ya se acepta de manera casi unánime, los críticos resultados económicos y sociales obtenidos en los años finiseculares no obedecen, en lo fundamental, a aspectos coyunturales, entendidos como lo circunstancial o particular, ni a factores externos, pues si bien lo que sucede en el resto del mundo nos afecta de alguna manera, no podemos achacarle la culpa de lo que nos ocurre. La respuesta está adentro y nuestra obligación es encontrarla. Son resultados que se explican, en lo esencial, por factores internos y aspectos estructurales, o sea, de presencia permanente o general en nuestra realidad.

Por tanto, la discusión no puede concentrarse en la revisión de la política gubernamental durante los últimos gobiernos y las décadas más recientes, ni en la descripción del comportamiento de las principales variables económicas y sociales. Pero esta discusión parece a veces un monólogo de vanidades, pues muchos creen que tienen la verdad y no necesitan escuchar otras concepciones y alternativas, es decir, olvidan que el desarrollo es una intrincada dialéctica entre lo histórico y lo lógico, entre la posibilidad y la realidad. En esta línea de razonamiento, puede partirse de la hipótesis de que la explicación no se encuentre en el estudio de modelos económicos, sino en algo más complejo y de larga trayectoria: el modo de desarrollo que ha tenido la sociedad colombiana, por lo menos en los últimos cien años.

2. LA DISTINCIÓN ENTRE *MODELO ECONÓMICO* Y *MODO DE DESARROLLO*

Y esta distinción no es caprichosa, pues según el diccionario de la Real

Academia Española, el contenido de la palabra «**modelo**» tiene relación estrecha con la idea de arquetipo que se imita o reproduce, o con la de esquema teórico, con frecuencia en forma matemática, que se elabora para facilitar la comprensión o el estudio de una realidad. En cambio, la palabra «**modo**» está más cerca de expresar la forma variable y determinada que puede recibir un ser, o forma particular de hacer algo. Creemos que hablar de modo de desarrollo nos permite desbordar lo meramente económico, que a veces se confunde con su expresión matemática, y asumir una concepción más integral de la sociedad, para develar su esenciabilidad.

Mientras la idea de «**modelo económico**» implica encontrar respuestas a incógnitas con base en variables y ecuaciones, el concepto de «**modo de desarrollo**» supone formular preguntas sobre la sociedad que tenemos y lo que se quiere ser en el futuro. Desde este punto de vista y con base en lo que hemos llamado el pragmatismo dialéctico, la discusión sobre el desarrollo supone hablar más sobre valores que sobre precios, más sobre la esencia que sobre el fenómeno, más sobre el contenido que sobre la forma; el análisis de sus determinantes va más allá de la ciencia económica, incluso más allá de las ciencias sociales y humanas, y compromete, en primera instancia, a todo científico que tenga algo para decir sobre la sociedad, pero a la larga compromete a todas las personas. En este sentido, podría definirse el **modo de desarrollo** como la forma variable y particular de satisfacer una sociedad las **necesidades materiales, sociales y espirituales** de sus miembros, lo que supone indagar desde lo más complejo y permanente de la organización social, como la propiedad y la producción, hasta lo más simple y cotidiano, como los hábitos de consumo. No obstante, debe reconocerse que sobre las dos categorías no existen definiciones unívocas.

Si partimos de esta hipótesis, podemos insistir en que la crisis desborda lo que se llama **modelo económico** y hemos de explicarla por lo que podría ser el **modo de desarrollo**. Más que resolver incógnitas sobre variables económicas y sociales (crecimiento y empleo, liquidez de la economía, precio de la moneda nacional, oferta y demanda finales, etc.), supone formular preguntas y encontrar respuestas compartidas sobre el respeto a la vida humana y a la dignidad de las personas; importancia que se concede y atención que se presta a la

infancia y a la juventud (menores de 25 años) y a la vejez (mayores de 65 años); uso del conocimiento y competitividad internacional; valorización del capital humano y productividad; ética social y moral ciudadana; responsabilidad empresarial; construcción y mantenimiento del capital social, y otras similares.

La historia de Colombia durante el siglo XX comprueba que a pesar de aplicar «modelos económicos» con sustento en diversas y, a veces, contradictorias concepciones teóricas, con fuertes oscilaciones entre protección y apertura, y haber tenido durante la mayor parte del siglo una relativa y controlable estabilidad política y económica, lo que ha impedido que el país padezca crisis profundas y prolongadas, los resultados positivos de esta precaria estabilidad se han concentrado en un grupo muy reducido, mientras la inmensa mayoría de la población obtiene de este «modo de desarrollo» menos de lo esperado en condiciones normales. Esta precaria estabilidad macroeconómica, que muchas veces se mostró como paradigma para otros países de la periferia capitalista, ocultaba una tragedia que hizo explosión en los lustros finales del siglo y cuando de una época de cambios se ha pasado a un «cambio de época». La lógica y la historia comprueban que a contrapelo del crecimiento económico y de una evidente mejoría en la oferta de bienes y servicios sociales, el resultado del siglo XX es una sociedad excluyente, que **destruye la naturaleza**, **carece de democracia** en la vida ciudadana y es **inequitativa** en el disfrute del progreso humano.

3. LA SOCIEDAD EXCLUYENTE DEL SIGLO XX

Diciéndolo con otras palabras, lo determinante del modo de desarrollo es la exclusión en que se ha mantenido a no menos de la mitad de los colombianos de los beneficios básicos del progreso humano y que, en términos generales, se llama **condiciones dignas de vida**, comenzando por el disfrute de una ocupación estable y un ingreso equitativo. Es decir que cualquiera haya sido el modelo económico utilizado en el lejano o reciente pasado, el resultado siempre fue el mismo: **concentración excesiva del ingreso** en pocas manos, ya sea por medios sanos o no desde la ética del capitalismo, y **acumulación agobiante de la pobreza** sobre los hombros de la mayoría de la población. Colombia representa el 0,8% de la superficie continental del mundo con el 0,7%

de la población, pero en términos relativos tiene casi el doble de pobreza, el 1,2% de los pobres del mundo.

Sociedad excluyente cuyos signos son evidentes. Basta recordar que en la década de los cincuenta del siglo XX el «Estudio sobre las Condiciones del Desarrollo de Colombia», dirigido por el padre Lebret, encontró ya una alta concentración del ingreso y unas pésimas condiciones de trabajo y de vida, cuando la población total apenas pasaba de 11 millones. Desde los años cincuenta el coeficiente Gini oscila alrededor de 0,50 y hoy, medio siglo después, con 42 millones de habitantes, **más de la mitad padece la «enfermedad social endémica»** de la pobreza y está excluida del disfrute de los avances básicos del progreso humano (salud, participación, educación, nutrición, información, recreación, vivienda y otros bienes y servicios sociales). De la población pobre, una tercera parte está en la miseria, es decir, casi millón y medio de familias. Según una encuesta realizada en 1998-99 en 770 municipios, el 63% de los hogares correspondían a los estratos 1 y 2, el 34% a los estratos 3 y 4 y sólo el 3% a los estratos 5 y 6.

Un estudio reciente del Banco Mundial reiteró que Colombia es uno de los países con la más crítica distribución del ingreso, no sólo en América Latina sino en el mundo; según sus datos, el 20% más pobre de la población recibe apenas un poco más del 3% del ingreso nacional y el 20% más rico recibe casi dos terceras partes. En corroboración de lo anterior, otras investigaciones han mostrado que el ingreso per cápita del 10% más rico (770.000 familias) es 24 veces superior al del 30% más pobre (2, 3 millones de familias). En conclusión, hoy tenemos más de la mitad de la población al margen del mercado, por lo que ni siquiera podemos hablar de una **economía capitalista de mercado**.

Sociedad que está soportada sobre tres pilotes con grandes deformaciones. El primero de ellos, un **Estado privatizado y empresarial**, con entidades ineficientes e ineficaces que favorecen los intereses de las élites políticas, económicas y sindicales que lo controlan; el segundo, un **mercado cerrado y monopolizado**, al servicio de poderosos grupos económicos extranjeros y nacionales; y el tercero, pero no menos importante, un sistema de **solidaridad social asistencialista y paternalista**, que facilita la corrupción y el despilfarro de los recursos. La transformación de esta sociedad requiere como sustento vital un **propósito nacional**, que nos facilite salir de la lucha

fratricida y encontrar una senda de crecimiento sostenido para el bien de la sociedad colombiana, sobre la idea de sustituir los **fundamentos de la sociedad excluyente** que fuimos en el siglo XX por un **nuevo modo de desarrollo humano** para el siglo XXI.

4. LA CRISIS FINISECULAR: DESCAPITALIZACIÓN MÚLTIPLE Y DESCOMUNAL

En corroboración de que la situación actual no obedece a causas de origen externo ni a factores **coyunturales** sino a **problemas internos** y a **aspectos estructurales**, puede mencionarse el hecho de que la crisis finisecular se caracteriza por una impresionante descapitalización en todos los órdenes, de origen muy diverso y por montos descomunales. Si bien en la sociedad moderna la incertidumbre es habitual y se debe contar con ella, en Colombia pesa hoy mucho el miedo, por lo que la combinación diabólica de **miedo e incertidumbre** nos ubica en el peor de los mundos. Descapitalización que no sólo puede medirse en términos pecuniarios, sino también en capital humano y en capital social.

Todo ha perdido valor en Colombia: las acciones de las empresas, la propiedad raíz rural y urbana, el patrimonio empresarial, el ahorro privado y estatal, la capacidad adquisitiva del ingreso, la vida de las personas, el capital humano y social. Se ha depreciado la moneda, como mercancía de intercambio general, con privatización de las ganancias en el bolsillo de pocos exportadores y especuladores financieros y socialización de las pérdidas sobre los hombros de la mayoría de la población, al tiempo que la moral y la ética sociales muestran un gigantesco saldo rojo. Y una descapitalización tan múltiple y descomunal no es producto de cambios en los adjetivos que califican a los modelos económicos sino de **cuestiones sustantivas en el modo de desarrollo**.

El Producto Interno Bruto –PIB– total pasó de US\$107.700 millones en 1997 a US\$87.500 millones en 1999, para una **disminución en la riqueza creada** de 20.000 millones en sólo un bienio, cifra equivalente a casi dos años de importaciones. Al mismo tiempo, el ahorro y la inversión reproductiva cayeron a la mitad, en términos relativos; hoy somos uno de los países del mundo con la más baja inversión respecto al PIB, pues bordea el 10%, cuando se requieren

cifras superiores al 25% para garantizar tasas de crecimiento económico que permitan crear empleo y aminorar la pobreza. En estos dos años el PIB per cápita disminuyó en más del 20%, al pasar de casi US\$2.700 a US\$2.100, nivel que tenía al comienzo de los noventa. En un porcentaje similar aumentó la población en condiciones de pobreza. Es decir, la destrucción de riqueza, ya sea real o potencial, afecta de **manera más dura a los pobres que a los ricos**.

De acuerdo con investigaciones conocidas, la **destrucción de valor** en las grandes empresas durante 1999 superó los US\$5.000 millones, lo que representa más del 20% del capital que tenían un año antes y casi el 6% del PIB de ese año. Y esto sin tener en cuenta la pérdida de valor bursátil, que corresponde a una porción relativa similar. A pesar de que la tasa de interés cayó de manera sustancial del 40% anual en 1998 a un poco más del 10% a mediados de 2000, no se ha recuperado el mercado bursátil, como hubiera ocurrido en cualquier economía, lo cual corrobora nuestra aseveración de que **no somos una economía capitalista de mercado**, pues son otros los determinantes del precio de las acciones. Mientras pierden valor monetario las empresas, el verdadero capital, esto es, el conocimiento y los activos físicos, sigue bajo el control de los grandes accionistas.

Por la vía de la deuda externa no es menos crítico el saldo rojo. En un poco más de 3 años casi se ha duplicado su monto, siendo más rápido el crecimiento del endeudamiento privado, que se ha triplicado en el mismo lapso. Al comenzar el 2000 se acercaba a US\$35.000 millones, correspondiendo a la deuda pública US\$19.700 millones. Con la aceleración de la devaluación su expresión como pasivo se ha disparado, y hoy representa un mayor valor de \$10 billones en menos de 30 meses. La deuda pública interna ha crecido en más del 50% en menos de un año por medio de captaciones que suministra el sistema financiero con tasas de interés y márgenes de intermediación que no se ven en otros países; a junio del 2000 ya pasa de \$24 billones. El gobierno nacional, que es el mayor y más seguro deudor, pagará en el año 2000 intereses por más de 7 billones de pesos, suma que es superior a la inversión pública. Esta descapitalización la pagamos, en última instancia, con mayores precios en los bienes y servicios que producen las empresas endeudadas, así como con mayores contribuciones al fisco, en el caso de la deuda gubernamental.

El capital humano también ha sufrido un demérito significativo. Sólo en el desempleo absoluto viven casi 2,3 millones de seres humanos que están en plenas condiciones para trabajar. Suponiendo una escolaridad de 7 años y una experiencia de 10 años por persona, estamos hablando de un **capital humano que representa cerca de 55 millones de años de educación y habilidades subutilizadas**, lo que le costó a la sociedad una ingente suma de dinero. Sólo la escolaridad, y calculando apenas un millón de pesos por año, significa una inversión inactiva de 22 billones de pesos, o sea, más de US\$10.000 millones. Y mayor es el costo cuando ese capital humano se «fuga» del país; las 15.000 personas con formación universitaria que emigraron de Bogotá durante 1999 representaron una pérdida de 450 millones de dólares para la ciudad.

Y no hablemos de capital social. Porcentajes altos de la población desconfía de instituciones que son indispensables para el desarrollo, como justicia, policía, sistema financiero y otras, y se aprecia más el éxito de los narcotraficantes y los secuestradores que el esfuerzo de los empresarios y los científicos. Ante la faz del mundo somos un Estado-nación que carece de solidaridad social institucional. Sin duda, la descapitalización social es el peor obstáculo para el desarrollo humano.

5. BÚSQUEDA DE UN MODO DE DESARROLLO HUMANO

En perspectiva al siglo XXI, más que un modelo económico nuevo se necesita un **modo alternativo de desarrollo**, el que debe entenderse no tanto como una formulación econométrica cuanto el establecimiento de unos **propósitos estratégicos** que en el marco de unas **concepciones determinadas** del crecimiento económico y el progreso humano proponen unos **resultados definidos** por medio de unas **políticas y medidas específicas**. Bajo este supuesto, hay que modificar las bases del modo vigente durante la mayor parte del siglo XX, para lograr una sociedad más abierta, democrática y equitativa. Diciéndolo con otras palabras, el modo de desarrollo se agotó y ya no le sirve siquiera a quienes se lucraron con él durante décadas. El problema ya no es de más o menos apertura, de oscilación en el precio del dólar, de caída en la tasa de ganancia y de ahorro, de tamaño del Estado, de deterioro de la cartera bancaria, de cambios en la política económica sobre ingreso y gasto público y manejo monetario y cambiario, y otros asuntos similares;

lo importante hoy es ponernos de acuerdo en la sociedad deseada para las próximas décadas.

Por lo tanto, son indispensables transformaciones éticas en las relaciones sociales, reformas institucionales profundas y cambios microeconómicos y microsociales. No se trata de repartir el capital físico entre los pobres, pues ello tiene poca eficacia, sino de conseguir una redistribución más equitativa del **valor agregado** en el proceso de producción de bienes y servicios, lo que supone modificaciones en el sistema ocupacional y en la organización empresarial, para poder competir con mayores posibilidades de éxito en la internacionalizada sociedad del conocimiento. Se busca, en adición, que cada vez más colombianos tengan mayores oportunidades de acceso para el disfrute de los **beneficios del progreso humano** en aspectos como educación, salud, atención a niños, ancianos y discapacitados, servicios públicos domiciliarios y otros. Hay que buscar una prosperidad que no se quede en la privilegiada minoría de siempre, como es el ideal que recorre al mundo, expuesto por mentes sabias y corazones emocionados. Prosperidad que es **una utopía por construir**, pero válida para una sociedad como la nuestra y a cuya consecución muchos colombianos hemos dedicado lo mejor de nuestras vidas.

Bajo esta concepción, la prosperidad significa compartir la riqueza creada, entendida la riqueza como el «conjunto de las cosas necesarias y cómodas (para el disfrute) de la vida», según la definición dada por Smith en el siglo XVIII, y no como la acumulación individualista de recursos en manos de las personas. Es decir, la riqueza corresponde al conjunto de tangibles e intangibles de que dispone una sociedad, lo que incluye la cultura como parte del capital social, y la prosperidad puede medirse por la participación que tengan sus miembros en el disfrute de la riqueza para satisfacer sus necesidades. Diciéndolo en términos económicos, la prosperidad implica la distribución democrática del excedente generado, lo que supone el crecimiento económico sin negar la propiedad privada. O sea, que la **prosperidad tiene como principios fundamentales la democracia y la equidad**.

En la búsqueda de esta sociedad es indispensable la moderna solidaridad social institucional, la que no puede confundirse con el fracasado asistencialismo decimonónico. Solidaridad que supone que las personas y las regiones ricas den según su capacidad y las personas y

las regiones pobres reciban según su necesidad, para asegurar a éstas el acceso a los bienes sociales y espirituales que les permitan ascender en el proceso de humanización, soportado en este final de milenio sobre tres pilares: **equidad, productividad y libertad.**

Solidaridad que hoy es más filantropía individual y beneficencia pública, pues corresponde a una **ética social** también en construcción, que más allá de normas y deberes tiene valores y responsabilidades por el bien de todos. En este sentido, el crecimiento económico es efímero y deleznable si no se comparte la riqueza creada para el beneficio equitativo de la colectividad, pues el **desarrollo humano integral** es condición del **crecimiento económico sostenido.** La ausencia de esa ética social explica el alto conflicto y la baja cohesión de la sociedad colombiana. Por tanto, la sociedad colombiana está muy lejos de poder disfrutar de prosperidad, pues no tiene ni vida democrática ni ejercicio de la equidad. Los ciudadanos ni siquiera intervienen en la discusión y solución de los asuntos públicos cotidianos y mucho menos participan con equidad en los resultados de la actividad económica.

Volviendo a nuestro tema central, la construcción de un modo de desarrollo humano, lo fundamental es encontrar algunas ideas-fuerza que tengan la capacidad de concitar el interés de todos y unir esfuerzos para su realización. Se pueden proponer como **ideas-fuerza movilizadoras** cuatro: mejorar las condiciones de trabajo y de vida de la mayoría de la población; diversificar y expandir el mercado interno; incorporar con inteligencia a Colombia en la sociedad global del conocimiento; y consolidar y ampliar la democracia participativa. Y colocar como soporte de ellas una **nueva Economía Política** que tiene como fundamento la interrelación y complementación de dos concepciones humanistas: El **crecimiento compartido** y la **competencia regulada** bajo la dirección de un Estado que no sólo esté al servicio de los ciudadanos y a la altura de éstos, sino con una efectiva participación de ellos.

Por eso ahora, en este tránsito de siglos, es necesario insistir con vehemencia en que el crecimiento económico no lo es todo, pues lo fundamental es el desarrollo humano, el crecimiento integral del ser humano. Como es natural, la acumulación de bienes de reproducción o el uso ampliado de objetos de consumo personal, que a su vez supone la utilización inteligente de los recursos disponibles, o sea, el crecimiento

económico, es indispensable para satisfacer las crecientes necesidades materiales, sociales y espirituales, pero no puede convertirse en el fin de la sociedad. No se justifica un incremento de la riqueza al margen de las propias personas que lo han hecho posible. **Mientras millones de personas estén excluidas del disfrute de los avances básicos del progreso humano** (salud, participación, educación, nutrición, información, recreación, vivienda, etc.), **no hay verdadero desarrollo humano.**

Identificadas las ideas movilizadoras, es necesario ponerse de acuerdo con algunos propósitos estratégicos que permitan buscar resultados definidos por medio de políticas y medidas específicas. En este sentido, puede proponerse la discusión sobre los siguientes **propósitos estratégicos**: redistribuir el valor agregado en el proceso de producción, esto es, el ingreso nacional; garantizar la seguridad alimentaria; mejorar las oportunidades en salud y educación; buscar nuevos productos de exportación, en especial de origen biológico y de los servicios, con alto valor agregado y ventajas competitivas innovadoras; e incorporar nuevas formas de propiedad y organización empresarial, aglutinadas no tanto alrededor del capital como del trabajo.

La nación más exitosa en el largo plazo será aquella capaz de construir una **sociedad justa, equitativa y humanizada**, que utiliza de la mejor manera posible el fruto del trabajo, sin que ello signifique una sociedad que busca el fracasado igualitarismo y que no reconoce que el ahínco de los productores debe ser compensado en forma satisfactoria.

6. EL COLEGIO MÁXIMO DE LAS ACADEMIAS Y EL FUTURO POSIBLE

El ilustre profesor Luis López de Mesa, mentor eficiente del Colegio Máximo de las Academias, en su sabio *Escrutinio Sociológico de la Historia Colombiana*, publicado por la Academia Colombiana de Historia hace más de 40 años, planteó lo que hasta ese momento eran, en su opinión, las seis «**Frustraciones del destino Histórico Nacional**», desde la interrumpida cultura megalítica de San Agustín hasta la ruptura que tuvo como chispa incendiaria el magnicidio de Gaitán. Según su ideario, en la mitad del siglo XX se interrumpió de nuevo el camino de la historia colombiana y se le sustituyó por atajos que mantienen en

lontananza la ilusión de un porvenir luminoso, pero que en verdad dificultan retomar la senda de un progreso que beneficie con equidad a quienes vivimos en esta esquina de Suramérica, con puertas privilegiadas sobre el Atlántico y el Pacífico. Como dijo López de Mesa, recordando al poeta, «No hay que llorar la muerte del viajero, hay que **llorar la muerte del camino**».

Cincuenta años después observamos con regocijo que el Colegio Máximo de las Academias retoma en estas reuniones mensuales, sin denominarlo así, el escrutinio de lo sucedido durante la mayor parte del siglo XX y se pregunta sobre el **futuro posible de la sociedad colombiana** cuando estamos en el umbral del siglo XXI, hito que si bien es más simbólico que real, no deja de ser una oportunidad para los balances. En las intervenciones de los presidentes y otros directivos de las academias y sociedades científicas ha sido recurrente el análisis de las causas de la crisis y la búsqueda de soluciones efectivas que permitan reconstruir el país y recuperar la prosperidad para lograr un desarrollo humano sostenible.

En una de estas reuniones, el presidente del Colegio Máximo de las Academias y presidente de la Academia de la Lengua, Don Jaime Posada, puso en discusión algunos planteamientos para «**Consolidar la Tolerancia, la Solidaridad y la Paz**», como indispensable tarea para una Nueva Colombia. Como dice él: «*Abunda el encono y el país necesita sosiego. Todo ello cabría resumirlo en un concepto: hay que convocar una cruzada de tolerancia*». Además, hay que añadir solidaridad, «*entendida como el reconocimiento práctico de la obligación natural que tienen los individuos y los grupos humanos de contribuir al bienestar de los que tienen que ver con ellos, especialmente de los que tienen mayor necesidad*». Y reitera en su documento el presidente Posada: «*Reunamos a las gentes en una expedición de la convivencia y el entendimiento {...}. El desastre de la incomprensión puede dañar el camino de todos. Particularmente el de las nuevas generaciones*».

Creo que tal convocatoria deben hacerla suya todas las academias y sociedades científicas y profesionales, así como las universidades, donde aún queda **una intelectualidad incorrupta y patriótica que piensa en la salvación de Colombia**. Los destructores de Colombia se amparan en la desunión y la inacción de las mentes lúcidas y pacíficas. Nuestra respuesta debe ser la acción unificada para reconstruir el país. Las academias y las sociedades científicas deben retomar el puesto que les

corresponde como líderes de la transformación nacional y hacer oír su voz colectiva en todos los escenarios y en todo momento en que se pueda. Las generaciones futuras nos recordarán por lo que hagamos ahora■